



Los detritus del progreso son detritus de calidad: el vidrio resiste a las llamas, el aluminio desafía la trituración, ciertas materias plásticas son prácticas por la tierra, a poco que la lluvia le ayude. Hoy, la situación ha variado. En los Estados Unidos se tiran cada año más de veintiséis mil millones

«Si nosotros no hacemos nada —dicen los militantes del movimiento "ecológico

# LOS VENENOS DE

EN las calles de Berkeley se encuentran en ocasiones extraños cortejos fúnebres. A principios de octubre, por ejemplo, los estudiantes radicales de la «Ecology Action» enterraron, en medio de una gran ceremonia, un motor de automóvil. Un domingo de noviembre, doscientos jóvenes «long-hairs» —muchachos de cabellos largos— se fueron a realizar la operación «Clearance Creekwater»: se trataba de la limpieza de tres arroyos de las proximidades de Berkeley.

En la otra punta del país, zapatos relucientes y cabello corto, estudiantes de la universidad de Minnesota entierran un surtidor de gasolina. En Boston, un elegante joven, reloj de oro que le cae sobre el bolsillo del chaleco, funda un grupo: «Ecology Action» (Ecología: estudio de las relaciones de los seres vivos con su medio ambiente). En Montana, las amas de casa se organizan en comité y hacen una marcha hacia una industria de pasta de papel, cuyas aguas residuales contaminan el río.

## En busca de las tierras vírgenes

En tanto que la movilización contra la guerra de Vietnam ha constituido un pleno éxito, se prepara una nueva movilización. Durante la primavera, el 27 de

abril, los estudiantes americanos se manifestarán contra la polución. Es su porvenir lo que está en juego. En tres meses y dos decisiones, el gobierno americano ha perdido toda la confianza que tenía todavía sobre su alimentación. El DDT va a ser, posiblemente, prohibido, pero los campos están ya impregnados para muchos años. Los ciclamatos, utilizados en numerosas sodas dietéticas, han sido eliminados. Dos mil productos químicos utilizados en la industria alimenticia se están comprobando.

Poseídos por el pánico, cien mil jóvenes, quizá doscientos mil, abandonaron las ciudades para encontrar el aire puro de las últimas tierras vírgenes. Mil novecientos sesenta y nueve habrá sido el año de las «comunidades». Estos emigrantes del interior llevaron con ellos sus «best-sellers»: «How to survive in the woods» («Cómo sobrevivir en los bosques»), «The survival book» y, desde hace algunos meses, un asombroso catálogo del que ya se han vendido cien mil ejemplares: el «Whole Earth Catalog», especie de «catálogo sobre manufactura de armas y ciclos de San Esteban» para uso de los «hippies» y de los nuevos «kibbutzniks».

Es la gran vuelta del progreso técnico. Basta que aparezca «Ecology Action» en una universidad para disponer inmediata-

mente de centenares de simpatizantes. Se han convertido ya en decenas de millares a lo largo y ancho del país y pertenecen a procedencias políticas muy diversas: antiguos militantes del S. D. S. (Students for a democratic society), conservadores, «hippies». «La ecología tiene sitio para todos», explica Keith Lampe, de treinta y cinco años, antiguo periodista del «Herald Tribune» y desde hace dos años uno de los pioneros en Berkeley. «Sus objetivos: salvar el medio, reducir la polución, alimentarse de una forma sana, conciernen a todos».

Por primera vez, sin duda, viejos derechistas, con la Biblia en el bolsillo y con la cabeza rebotante de puritanismo, se reúnen para «contestar» con los «beatniks». A la cabeza del movimiento, todos los supervivientes de la «beat generation», que, a partir de 1955, se echaron a las carreteras para huir de la pesadilla circundante: los poetas Gary Snyder, Lawrence Ferlinghetti, Michael McClure, el ensayista inglés Alan Watts, amigo de Aldous Huxley, que importó a California el gusto por las religiones orientales.

## Carreteras sobre las basuras

Alan Watts es uno de los más activos. Desde su viejo «ferry-

boat» barroco anclado en Sausalito, en la bahía de San Francisco, puede pasear sobre el «contorno» su mirada nostálgica. Quedó atrás el tiempo de los naranjos y del paraíso perdido. Cada día se instalan en California mil americanos. La tierra prometida mantiene sus promesas: produce tanto como Francia. Pero en la actualidad parece un inmenso extrarradio. «Es la muerte de California —dice Alan Watts—. La mayoría de los americanos no lo comprenden todavía. Nos miran desde las ventanas de sus tristes casitas y se dicen: "Miren ustedes esos vagabundos que viven en esos viejos barcos podridos...". Pero nosotros, por lo menos, nos identificamos con el paisaje marino. Ellos lo destruyen. Sus basuras infestan la bahía, su petróleo la contamina, sus "bulldozers" destruyen estas soberbias colinas; después colocan allí esas casitas blancas prefabricadas y compradas a plazos».

Las orillas de la «bahía más bella del mundo» están pobladas de chimeneas industriales, invadidas de almacenes, punteadas por enormes cables eléctricos que se entrecruzan anárquicamente. La misma bahía, ya sucia desde hace mucho tiempo, corre el peligro de estar muy pronto colmada de detritus si no se toman las medidas necesarias. Se da el caso de tecnócratas que llegan a proponer que



camente indestructibles... El papel de periódico con que antes se envolvía la tortilla de patatas y que se arrojaba al suelo era fácilmente «digerible» de botellas. Sin llegar a esos extremos, el problema se plantea también a otras naciones, menos desarrolladas, y cada año se irá agravando...

**gico"—, América será pronto un inmenso basurero poblado de intoxicados»**

# LA ABUNDANCIA

se aproveche para construir una nueva autopista. Desde 1955, los habitantes del valle de San Bernardino se asombran al ver los pinos de su valle tomar un color amarillento y morir lentamente. Acaba de encontrarse al culpable: el «smog», que, según los servicios oficiales, ha matado ya a más de un millón de árboles.

Alan Watts ha sido uno de los primeros en instruir el proceso al «progreso», planteando esta simple pregunta: ¿Para qué sirve? «El gran problema de los americanos —dice— es que se creen materialistas porque todo el mundo se lo repite. De hecho, son espíritus abstractos. Lo valoran todo en cifras, en estadísticas, en precios. Su criterio: ¿Cuánto cuesta esto? El nuestro: ¿Cómo sobrevivir?».

## Dos paquetes de cigarrillos

Si se llega a Los Angeles un día de gran «smog», puede uno preguntárselo. Se llora, se tose, se escupe. Los cuatro millones de automóviles de Los Angeles dejan cada día en la atmósfera 13.000 toneladas de gas tóxico; de ellas, 10.000 toneladas de óxido de carbono, 2.000 toneladas de hidrocarburos, 600 toneladas de óxido de azoe, 80 toneladas de compuestos sulfurados. A los gases del tubo de

escape de los coches hay que añadir los humos de las refinerías y de las centrales eléctricas. Un ciudadano no fumador de Los Angeles se mete tanto humo en los pulmones como si fumara dos paquetes de cigarrillos al día. Por la mañana, si el locutor anuncia en la televisión que hay «smog», muchos padres prohíben a sus hijos más pequeños salir a la calle. De todos modos, los días de «smog» está prohibido hacer gimnasia en las escuelas.

Si el americano sobrevive al «smog», corre el peligro de ver a su país sumergido en basura. Cada americano echa diariamente cerca de tres kilos; esto hace 219 millones de toneladas anuales. Y los detritus del progreso son detritus de calidad: el vidrio resiste a las llamas, el aluminio desafía la trituration, ciertas materias plásticas son prácticamente indestructibles. Cuarenta y ocho mil millones de botes de conserva, veintiséis mil millones de botellas, cuatro millones de toneladas de plástico, cien millones de neumáticos usados y cerca de seis millones de coches se acumulan cada año en el país.

Pero el peligro más grave denunciado por los «ecologistas» es la intoxicación alimenticia. ¿Valen más 3.000 «malas» calorías al día que 2.500 «buenas»? Las necesidades de la alimentación industrial —con-

servación, presentación— conducen al americano a ingerir cada año más de un kilo de «aditivos» químicos. Las naranjas llevan el «citrus red número 2», los enormes bistecs están coloreados con un atractivo rojo y espolvoreados con «tenderizer»; casi todos los productos van recubiertos químicamente y embalados en plástico, las conservas contienen, indefectiblemente, glutamato; las conservas cárnicas, nitrato de sodio. Una decena de agentes químicos intervienen en la fabricación del pan: propionato de calcio para conservar la harina; diacetato de sodio para retrasar la maduración; sulfato doble de aluminio y de potasio para facilitar la acción de la levadura artificial; butil-hidroxil-anisol para evitar la oxidación; citrato de monoisopropilo para asegurar una conservación de una decena de días...

## Otra vez Ralph Nader

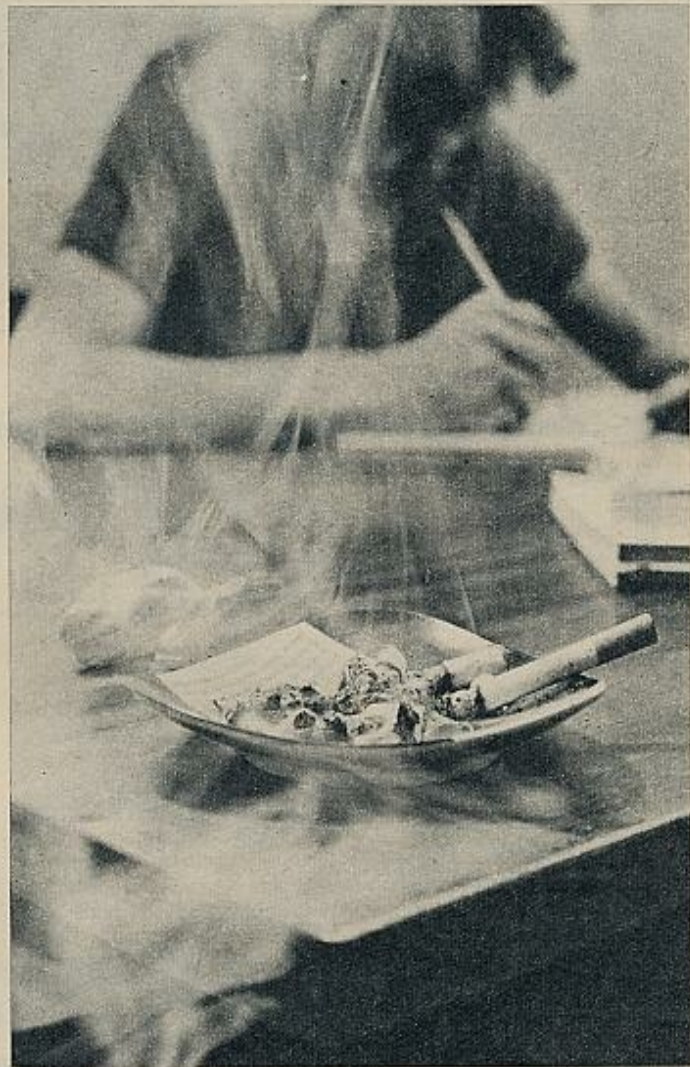
Ni siquiera se perdona al sacrosanto «hot-dog». El abogado Ralph Nader, que había obligado a la General Motors a revisar el Corvair, demostrando que era un automóvil peligroso, ha probado que la proporción de materias grasas en los «hot-dogs» ha pasado en treinta años del 18,6 al 31,2 por ciento, mien-

tras que las proteínas descendían de un 19,6 a un 11,6 por ciento, y la carne que le dan a uno hoy cuando pide un «hot-dog» es una espantosa mezcla de cerdo, cabra, cordero, sazónada con porquería que Ralph Nader ha preferido no identificar.

Dos millones de americanos sufren todos los años de salmonellosis (intoxicación bacteriana por alimentación), y el pescado es el principal responsable de esta hecatombe: cuatro quintos del pescado «fresco» y dos tercios del suministrado en conserva, no responden a las normas de higiene establecidas hace cincuenta años. La «Consumers' Union» acaba de presentar un proyecto de ley exigiendo la presencia de un inspector de servicios federales de higiene en cada fábrica de conservas.

En vista de este estado de cosas, la administración americana parece estar dispuesta a revisar sus normas. Pero muchos jóvenes americanos, sin esperar los efectos de un eventual cambio en la legislación, empiezan a estudiar «jardinería orgánica». Las revistas de estudiantes les enseñan a cultivar una huerta, les dan recetas de cocina vegetariana o las del monasterio de Tassajara. Se han multiplicado las tiendas de «alimentos orgánicos». En ellas se puede asistir a extraños diálo-

## LOS VENENOS DE LA ABUNDANCIA



El humo nos invade, la contaminación crece. Todo el que vive en una gran ciudad se mete tanto humo en los pulmones como si fumara bastantes cigas (absorbe una cantidad equivalente a la de dos paquetes). En América, muchos jóvenes buscan la solución en la huida. Abandonan las ciudades en busca

### En el año 2000, América habrá abandonado su carrera, y a ella vendrán

gos. El mes pasado, en el «Hemingbird Shop de Taos», en Nuevo Méjico, un grupo de «hippies» que habían ido por provisiones tomaron un paquete de arroz. La dueña del establecimiento les dijo: «Atención, este arroz ha sido cultivado con abonos. Todavía no ha llegado el arroz "orgánico"». Los «hippies» vuelven a colocar rápidamente el paquete donde estaba y cogen en su lugar garbanzos mejicanos. Todos los clientes discuten de los méritos de cada producto: «No, no quiero ése, ¡tiene glutamato! ¿De dónde vie-

nen esas judías? Del rutabaga se puede uno fiar, ¡pero yo desconfío del "caca X"!».

Estos nuevos «naturistas» han afluído por decenas de millares a Nuevo Méjico, Colorado y Arizona, para escapar del cimiento y cultivar su Jardín. Muchos de ellos son antiguos militantes desengañados por la inercia de la vida política. Otros son negros, como «Black Bill», llegados para preparar el gran éxodo, que creen ya próximo, de los habitantes de los «ghettos» urbanos. «Las ciudades van a quedarse vacías muy pronto»,

me dice Bill, con una voz de Apocalipsis.

#### USA: el nuevo Tibet

Claro está que ésa no es ninguna solución. La naturaleza no es fácil para los que no la conocen. Procedentes de la ciudad, a los integrantes de la «comuna» les cuesta mucho trabajo aclimatarse. El maíz no crece fácilmente. La hierbabuena india, la genciana no vale lo que la

penicilina. Y el retorno a la naturaleza es imposible en un país industrializado de más de doscientos millones de habitantes. Habrá que resolverse a mejorar la ciudad. Para ello, dicen los más imaginativos, hay que tener el valor de pensar en términos utópicos: «En mi opinión —dice Alan Watts, sonriendo—, Estados Unidos se habrá convertido, dentro de veinte años, en un país vagamente budista, mientras que Japón, China e India se habrán "americanizado". Hasta el más humilde de los "coolies" llevará traje con



Ralph Nader, el abogado que se enfrentó a la General Motors, la ha emprendido ahora con los «perritos calientes»: en treinta años, su proporción en materias grasas casi se ha duplicado. Las sustancias que llevan los alimentos para su conservación son, en algunos casos, un enemigo de la salud. Hay bastantes probabilidades de intoxicación alimenticia...

todavía a ese punto. Pegan carteles más prosaicos, celebran mítines menos espirituales, redactan programas más vulgares. Pero también en sus programas hay un soplo de utopía. Primer objetivo de «Ecology Action»: reducir el crecimiento de la población. ¿Cómo? Legalizando el aborto, alentando la esterilización, luchando contra la jerarquía católica.

Pero también sustituyendo la familia tradicional por otras formas de vida comunitaria, como el matrimonio de grupo y la poliandria, que permiten reducir el número de hijos... Otro objetivo: modificar los hábitos consumísticos, aprender a resistir a la publicidad, a simplificar la indumentaria.

Tal programa desemboca, inevitablemente, en la política. «Hay que revisar todo el sistema —declara Keith Lampe—. La polución es hija de los beneficios. La mala alimentación, también: es consecuencia de la distribución por enormes supermercados interesados en vender lo más posible...».

Los principales movimientos «ecologistas» —Sierra Club, «Ecology Action»— acusan a las grandes compañías. En Nueva York echan la culpa a los «crematorios» de la Continental Edison, que producen la electricidad de la ciudad. En California han conseguido despojar a las industrias papeleras del derecho a cortar los últimos «sequoias», y están tratando de conseguir que se prohíban a las compañías petrolíferas las prospecciones en el mar: en marzo, el petróleo echó a perder la playa de Santa Bárbara, y hace quince días se produjo una nueva fuga en torno a otra plataforma.

### Treinta mil latas

Hasta ahora, muy pocas compañías americanas se han dejado impresionar. El Estado de California no ha podido obligar a los grandes constructores de automóviles a instalar un dispositivo de pos-combustión en los tubos de escape, lo que habría aumentado el precio de los automóviles en tres mil pesetas. Es probable, sin embargo, que pronto se gane esta batalla. Las compañías petrolíferas

rillos al día (el ciudadano de Los Angeles llega a unos extremos increíbles: de las tierras vírgenes. Otros fundan movimientos para sanear el ambiente.

## Los tibetanos, desesperados de la sociedad industrial...

corbata de fantasía. Asia estará surcada de autopistas, y pulularán en las ciudades los puestecillos de «hot-dogs». América, por el contrario, habrá abandonado su carrera hacia el progreso, y los tibetanos, desesperados de la sociedad industrial, vendrán a estudiar budismo a la universidad de Chicago. Porque tenemos los medios para crear una sociedad en la que todos serán albergados, alimentados y cuidados por medio de máquinas...».

Estos utopistas tienen sus religiones. Fundan aquí y allí sus

monasterios, primeros templos de la «era pos-psicodélica», donde se reúnen, sobre todo, antiguos adictos al LSD y a la mescalina. Es el gran movimiento de la conciencia cósmica. «El hombre se da cuenta —dice Alan Watts— de que no es un simple «ego» metido y aislado en un saco de piel y cuero, sino una partícula del universo».

Millares de americanos celebran hoy la luna llena, redescubren el panteísmo, experimentan un paganismo epicúreo. Otros se vuelven hacia las re-

ligiones orientales. En Tassajara, no lejos de Big Sur, los budistas «zen» trabajan y meditan dieciséis horas diarias, parando sólo para comer legumbres. En su fundación lama, los hinduistas estudian el Vedanta (texto sagrado hindú) y multiplican las sesiones de meditación silenciosa.

### Polución y beneficios

Los militantes estudiantes, por su parte, no han llegado



Este sencillo equipo puede ser utilizado por cualquiera para probar la existencia de radiactividad.

Una gota de líquido depositada por el vapor de la comida contaminada se enturbiaría automáticamente al ser mezclada con una gota de la sustancia empleada.

Si el alimento está libre de radiactividad, la gota seguirá cristalina...

## LOS VENENOS DE LA ABUNDANCIA

que explotan el litoral californiano, por su parte, cuentan con gran apoyo en Washington, y el nuevo secretario del Interior, Walter Hickle, ha tenido que renunciar a limitar sus actividades.

No obstante, las campañas del Sierra Club y de «Ecology Action» no hacen más que cristalizar un descontento profundo a escala nacional, y las compañías se verán obligadas a ceder más tarde o más temprano. Los fabricantes de embalajes de aluminio han tenido un «hermoso gesto»: comprarán otra vez las latas de cerveza a tres centavos cada una. Hacen falta treinta mil latas para tener una tonelada: los «scouts» han empezado ya a recoger latas.

Otras compañías son todavía más eficaces: han demostrado que se podían aumentar los beneficios mediante el control de la polución. La compañía química Monsanto, que apostaba a Saint-Louis (Missouri), ha invertido en dos años tres millo-

nes de dólares con vistas a eliminar los subproductos tóxicos con que ella misma contaminaba la atmósfera. En la actualidad, la compañía realiza impresionantes beneficios en el mercado de equipos anti-polución. Leonard A. Duval, presidente de la Hess von Bulow Inc., de Cleveland, Ohio, ha hecho aún mejor las cosas: «Cuando veo un río rosa o blanco, o una humareda negra —declara—, me pongo triste y pienso: "Hay que ver cuántos dólares se esfuman así; voy a recuperar una parte, por lo menos"...». De ese modo, el señor Duval ha recuperado treinta y cinco mil toneladas de hierro arrojadas al río Mohoning por las industrias siderúrgicas y ha ganado más de veinte millones de pesetas.

Todavía no se puede hablar de revolución, pero las experiencias de unos cuantos precursores señalan ya el camino que pronto se verá obligada a seguir la industria americana. ■ JULIEN VLADIMIR.



—No nos hacemos ilusiones de que vayamos a llegar al delirio, pero quizá reuniéndonos podremos lograr cierto grado de alegría...